EL SÍ DE LAS NIÑAS.

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA.

SU AUTOR

INARCO CELENIO P. A.

PERSONAS.

Don Diego.	*Doña Francisca.*	*Rita.*	*Calamocha.*
Don Cárlos.	*Doña Irene.*	*Simon.*	

La escena es en una posada de Alcalá de Henares.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, un banco, sillas &c.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Don Diego. Simon.

D. Dieg. ¿No (1) han venido todavía?

Sim. No señor.

D. Dieg. Despacio la han tomado por cierto.

Sim. Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara.

D. Dieg. Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

Sim. Ello tambien ha sido extraña determinacion, la de estarse usted dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir; y sobre todo, cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo Pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

D. Dieg. Ha sido conveniente el hacerlo asi. Aqui me conocen todos... El corregidor, el señor abad, el visitador, el rector de Málaga... ¡Que se yo! Todos... Y ha sido preciso estarme quieto y no exponerme á que me hallasen por ahí.

Sim. Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay mas en esto, que haber acompañado usted á Doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

D. Dieg. Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

Sim. Adelante.

D. Dieg. Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber, y no puede tardarse mucho... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que he-

(1) *Sale D. Diego de su cuarto. Simon que está sentado en una silla, se levanta.*

mos sacado á esa niña del convento, y nos la llevamos á Madrid.

Sim. Si señor.

D. Dieg. Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

Sim. Bien está, señor. Jamas he gustado de chismes.

D. Dieg. Ya lo sé, por eso quiero fiarme de ti. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella: he leido muchas de las cartas que escribia, he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla: he procurado observarla en estos pocos dias; y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

Sim. Sí por cierto. Es muy linda, y...

D. Dieg. Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo, ¡aquel candor! ¡aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... Si señor, mucho talento... Con que para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

Sim. No hay que decírmelo.

D. Dieg. ¡No! ¿Por que?

Sim. Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

D. Dieg. ¿Que dices?

Sim. Excelente.

D. Dieg. Con que al instante has conocido...

Sim. ¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole á usted que me parece muy buena boda. Buena, buena.

D. Dieg. Si señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

Sim. Seguro que sí.

D. Dieg. Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta qué esté hecho.

Sim. Y en eso hace usted bien.

D. Dieg Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase y dijese que era una locura, y me...

Sim. ¿Locura? ¡Buena locura!... ¿Con una chica como esa, eh?

D. Dieg. Pues ya ves tú. Ella es una pobre... eso sí. Porque, aqui entre los dos, la buena de doña Irene se ha dado tal prisa á gastar desde que murió su marido, que si no fuera por estas benditas religiosas y el canónigo de Castrojeriz, que es tambien su cuñado, no tendria para poner un puchero á la lumbre... Y muy vanidosa y muy remilgada, y hablando siempre da su parentela y de sus difuntos, y sacando unos cuentos allá, que... Pero esto no es del caso... Yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

Sim. Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que usted tiene, ¿para quien ha de ser?

D. Dieg. Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una muger aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor: regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No señor; vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren, y...

Sim. Pero siendo á gusto de entrambos ¿que pueden decir?

D. Dieg. ¿No? yo ya sé lo que dirán, pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

Sim. Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas...

D. Dieg. ¿Qué, hombre? ¿Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

Sim. Y bien, ¿que?

D. Dieg. Y yo, aunque gracias á Dios, estoy robusto, y... Con todo eso, mi-

cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

Sim. Pero si yo no hablo de eso.

D. Dieg. ¿Pues de qué hablas?

Sim. Decia que... Vamos, ó usted no acaba de explicarse, ó yo lo entiendo al reves... En suma, ¿esta doña Paquita con quien se casa?

D. Dieg. ¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

Sim. ¿Con usted?

D. Dieg. Conmigo.

Sim. ¡Medrados quedamos!

D. Dieg. ¿Que dices?... Vamos, ¿que?...

Sim ¡Y pensaba yo haber adivinado!

D. Dieg. ¿Pues que creias? ¿Para quien juzgaste que la destinaba yo?

Sim. Para don Cárlos, su sobrino de usted: mozo de talento, instruido, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

D. Dieg. Pues no señor.

Sim. Pues bien está.

D. Dieg. ¿Mire usted que idea? ¡Con el otro la habia de ir á casar!... No señor, que estudie sus matemáticas.

Sim. Ya las estudia, ó por mejor decir, ya las enseña.

D. Dieg. Que se haga hombre de valor, y..

Sim. ¡Valor! ¿Todavía pide usted mas valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino: y yo le vi á usted mas de cuatro veces llorar de alegría, cuando el Rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

D. Dieg. Si señor: todo eso es verdad, pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

Sim. Si está usted bien seguro de que ella le quiere, sino la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre...

D. Dieg. ¿Pues no ha de serlo?... Doña Irene la escribió con anticipacion sobre el particular. Hemos ido allá, me ha visto, la han informado de cuanto ha querido saber: y ha respondido que está bien, que admite gustosa el partido que se la propone... Y ya ves tú con que agrado me trata, y que expresiones me hace tan cariñosas y tan sencillas.... Mira, Simon, si los matrimonios muy desiguales tienen por lo comun desgraciada resulta, consiste en que alguna de las partes procede sin libertad: en que hay violencia, seduccion, engaño, amenazas, tiranía doméstica... Pero aqui no hay nada de eso. ¿Y que sacarian con engañarme?... Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es muger de juicio: esta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendas: mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada que la ha servido en Madrid y mas de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo, me ha informado de que jamas observó en esta criatura la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa, y correr por la huerta detrás de las mariposas, y echar agua en los agugeros de las hormigas, estas han sido su ocupacion y sus diversiones... ¿Que dices?

Sim. Yo nada, señor.

D. Dieg. ¿Y no pienses tú que á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan, para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad?... Bien que aun hay tiempo... Solo que aquella doña Irene siempre la interrumpe: todo se lo habla... Y es muy buena muger, buena...

Sim. En fin, señor, yo desearé que salga como usted apetece.

D. Dieg. Sí, yo espero en Dios que no

ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y que fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

Sim. ¿Pues que ha hecho?

D. Dieg. Una de las suyas... Y hasta pocos dias ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza, á su regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid, recibí la noticia de su llegada.

Sim. Si señor.

D. Dieg. Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

Sim. Asi es la verdad.

D. Dieg. Pues el picaron no estaba alli cuando me escribia las tales cartas.

Sim. ¿Que dice usted?

D. Dieg. Si señor. El dia tres de Julio salió de mi casa, y á fines de Setiembre aun no habia llegado á sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta, hizo muy buena diligencia?

Sim. Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre...

D. Dieg. Nada de eso. Amores del señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quien sabe?... Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... No permita Dios que me le engañe alguna bribona, de estas que truecan el honor por el matrimonio.

Sim. ¡Oh! No hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de temer, para que le engañe.

D. Dieg. Me parece que estan ahí... Sí. Gracias á Dios. Busca al mayoral y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberemos salir mañana.

Sim. Bien está.

D. Dieg. Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

Sim. No haya miedo que á nadie lo cuente (1).

ESCENA II.

Doña Irene. Doña Francisca. Rita. Don Diego.

Doña Franc. Ya estamos acá.

Doña Iren. ¡Ay! ¡que escalera!

D. Dieg. Muy bien venidas, señoras.

Doña Iren. Con que usted, á lo que parece, no ha salido (2).

D. Dieg. No señora. Luego mas tarde daré una vueltecilla por ahí... He leido un rato: traté de dormir; pero en esta posada no se duerme.

Doña Franc. Es verdad que no... ¡Y que mosquitos! mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero, mire usted. Mire usted (3) cuantas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de cipres, la regla de san Benito, una pililla de cristal... Mire usted que bonita. Y dos corazones de talco... ¡Que sé yo cuanto viene aqui!... ¡Ay! y una campanilla de barro bendito para los truenos... ¡Tantas cosas!

Doña Iren. Chucherías que la han dado las madres. ¡Locas estaban con ella!

Doña Franc. ¡Como me quieren todas! ¡Y mi tia, mi pobre tia, lloraba tanto!.. Es ya muy muy viejecita.

Doña Iren. Ha sentido mucho no conocer á usted.

Doña Franc. Sí, es verdad. Decia: ¿Por que no ha venido aquel señor?

(1) *Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mugeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.*

(2) *Se sientan doña Irene y don Diego.*

(3) *Desata el pañuelo, y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*

Doña Iren. El padre capellan y el rector de los Verdes, nos han venido acompañando hasta la puerta.

Doña Franc. Toma, (1) guárdamelo todo alli, en la excusabaraja. Mira, llévalo asi de las puntas...¡Válgate Dios! ¿eh? ya se ha roto la santa Getrudis de alcorza.

Rit. No importa, yo me la comeré.

ESCENA III.

Doña Irene. Doña Francisca. D. Diego.

Doña Franc. ¿Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aqui?

Doña Iren. Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

D. Dieg. Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

Doña Iren. ¡Y que fresco tienen aquel locutorio! Vaya, está hecho un cielo.

Doña Franc. Pues con todo (2), aquella monja tan gorda, que se llama la madre Angustias, bien sudaba... ¡Ay! ¡como sudaba la pobre muger!

Doña Iren. Mi hermana es la que está bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero, vaya, no sabia que hacerse con su sobrina la buena señora... Está muy contenta de nuestra eleccion.

D. Dieg. Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas, á quienes debe usted particulares obligaciones.

Doña Iren. Sí, Trinidad está muy contenta, y en cuanto á Circuncision, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bien estar, es necesario pasar por ello... Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo, y...

D. Dieg. Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

Doña Iren. Es hija muy obediente, y no se apartará jamas de lo que determine su madre.

D. Dieg. Todo eso es cierto, pero...

Doña Irene. Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

D. Dieg. Sí, ya estoy; ¿pero no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre?...

Doña Franc. ¿Me voy, mamá? (3)

Doña Iren. No pudiera, no señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela, que Dios perdone, doña Gerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, ya le habrá usted visto. Y le hicieron, segun me contaba su merced, para enviársele á su tio carnal el padre fray Serapion de san Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacan.

D. Dieg. Ya.

Doña Iren. Y murió en el mar el buen religioso: que fue un quebranto para toda su familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte; particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oir hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

Doña Franc. ¡Válgate Dios, que moscas tan!...

Doña Iren. Pues murió en olor de santidad.

D. Dieg. Eso bueno es.

Doña Iren. Si señor; pero como la familia ha venido tan á menos... ¿Que quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida; y quién sabe que el dia de mañana no se imprima con el favor de Dios.

D. Dieg. Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

(1) *Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene.*

(2) *Sentándose junto á doña Irene.*

(3) *Se levanta y vuelve á sentarse.*

Doña Iren. Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político, el canónigo de Castrojeriz, no la deja de la mano; y á la hora de esta, lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

D. Dieg. ¿Con que para cada año un tomo?

Doña Iren. Si señor, ese plan se ha propuesto.

D. Dieg. ¿Y de que edad murió el venerable?

Doña Iren. De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

Doña Franc. ¿Me voy, mamá?

Doña Iren. Anda vete. ¡Válgate Dios, que prisa tienes!

Doña Franc. ¿Quiere usted (1) que le haga una cortesía á la francesa, señor don Diego?

D. Dieg. Sí, hija mia. A ver.

Doña Franc. Mire usted, asi.

D. Dieg. ¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

Doña Franc. Para usted una cortesía, y para mi mamá un beso.

ESCENA IV.

Doña Irene. Don Diego.

Doña Iren. Es muy gitana y muy mona, mucho.

D. Dieg. Tiene un donaire natural que arrebata.

Doña Iren. ¿Que quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion; no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

D. Dieg. Quisiera solo que se explicase libremente, acerca de nuestra proyectada union, y...

Doña Iren. Oiria usted lo mismo que le he dicho ya.

D. Dieg. Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

Doña Iren. No tenga usted sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que á una niña no la es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, señor don Diego, que una doncella de vergüenza, y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero á usted.

D. Dieg. Bien: si fuese un hombre á quien hallara por casualidad en la calle, y de buenas á primeras le espetara ese favor, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudiera decirle alguna cosa que... Ademas que hay ciertos modos de explicarse...

Doña Iren. Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted le tiene... ¡Con que juicio hablaba ayer noche despues que usted se fue á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

D. Dieg. ¿Y que? ¿hablaba de mí?

Doña Iren. Y que bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años, un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

D. Dieg. ¡Calle! ¿eso decia?

Doña Iren. No; esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion, como si fuera una muger de cuarenta años lo mismo... ¡Buenas cosas la dije! Y ella que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor, el ver como se ha-

(1) *Se levanta, y despues de hacer una graciosa cortesía á don Diego, da un beso á doña Irene, y se va al cuarto de esta.*

cen los matrimonios hoy en el dia? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña, sin juicio ni experiencia, y él niño tambien, sin asomo de cordura, ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor, (que es lo que yo digo) ¿quien ha de gobernar la casa? ¿quien ha de mandar á los criados? ¿quien ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede tambien, que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante que da compasion.

D. Dieg. Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud, que son necesarias para dirigir su educacion.

Doña Iren. Lo que sé decirle á usted es, que aun no habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... Y al mismo tiempo mas divertido y decidor. Pues, para servir á usted, ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

D. Dieg. Buena edad... No era un niño, pero...

Doña Iren. Pues á eso voy... Ni á mí podia convenirme en aquel entonces un boquirubio, con los cascos á la gineta... No señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud; nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana, ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda, y en cinta de una criatura que nació despues, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

D. Dieg. ¡Oiga!... Mire usted si dejó sucesion el bueno de don Epifanio.

Dona Iren. Si señor, pues ¿por que no?

D. Dieg. Lo digo, porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... ¿Y fue niño ó niña?

Doña Iren. Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

D. Dieg. Cierto que es consuelo tener asi una criatura, y...

Doña Iren. ¡Ay, señor! Dan malos ratos; ¿pero que importa? Es mucho gusto, mucho.

D. Dieg. Yo lo creo.

Doña Iren. Si señor.

D. Dieg. Ya se ve que será una delicia, y...

Doña Iren. ¿Pues no ha de ser?

D. Dieg. Un embeleso el verlos juguetear y reir, y acariciarlos y merecer sus fiestecillas inocentes.

Doña Iren. ¡Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro é usted que...

ESCENA V.

Simon. (1) *Doña Irene. Don Diego.*

Sim. Señor, el mayoral está esperando.

D. Dieg. Dile que voy allá... ¡Ah! tráeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo (2). ¿Con que supongo que mañana tempranito saldremos?

Doña Iren. No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

D. Dieg. A eso de las seis: ¿eh?

Doña Iren. Muy bien.

D. Dieg. El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

(1) *Sale por la puerta del foro.*

(2) *Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.*

Doña Iren. Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI.

Doña Irene. Rita.

Doña Iren. ¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo... ¿Rita? Me le habrán dejado morir. ¿Rita?

Rit. ¡Señora! (1)

Doña Iren. ¿Que has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

Rit. Si señora; mas ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

Doña Iren. ¿Hiciste las camas?

Rit. La de usted ya está. Voy á hacer esotras antes que anochezca: porque si no, como no hay mas alumbrado que el del candil, y no tiene garabato, me veo perdida.

Doña Iren. ¿Y aquella chica que hace?

Rit. Está desmenuzando un bizcocho, para dar de cenar á don Periquito.

Doña Iren. ¡Que pereza tengo de escribir! (2) pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncision.

Rit. ¡Que chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¡Que poco me gustan á mí las mugeres gazmoñas y zalameras! (3)

ESCENA VII.

Calamocha. (4)

Cal. ¡Con que ha de ser el número tres! Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos mas abundante, no la tiene el gabinete de Historia Natural... Miedo me da de entrar... ¡Ay! ¡ay! ¡y que agugetas! Estas sí que son agugetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos digeron: no podemos mas, que si no, por esta vez no veia yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Rebentados estan... (5) ¡Oiga!.. ¿Seguidillitas?... Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... ¡Ay, que desvencijado estoy!

ESCENA VIII.

Rita. Calamocha.

Rit. Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa, y... (6) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

Cal. ¿Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

Rit. Gracias, mi alma.

Cal. ¡Calle!... ¿Rita?

Rit. ¿Calamocha?

Cal. ¿Que hallazgo es este?

Rit. ¿Y tu amo?

Cal. Los dos acabamos de llegar.

Rit. ¿De veras?

Cal. No que es chanza. Apenas recibi la carta de doña Paquita, yo no sé adónde fue, ni con quién habló, ni cómo lo dispuso; solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas, por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines, y nosotros á medio moler, hemos parado aqui con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispo-

(1) *Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.*

(2) *Se levanta y se entra en su cuarto.*

(3) *Entrase en el cuarto de doña Francisca.*

(4) *Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo dejando sobre la mesa, y se sienta en el banco.*

(5) *Canta Rita desde adentro, Calamocha se levanta desperezándose.*

(6) *Forcegeando para echar la llave.*

algo que cenar... Esta es la historia.

Rit. ¿Con que le tenemos aqui?

Cal. Y enamorado mas que nunca, zeloso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

Rit. ¿Que dices?

Cal. Ni mas ni menos.

Rit. ¡Que gusto me das! Ahora sí se conoce que la tiene amor.

Cal. ¿Amor?... ¡Friolera!... El moro Gazul fue para con él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la Doctrina.

Rit. ¡Ay! cuando la señorita lo sepa.

Cal. Pero acabemos. ¿Como te hallo aqui? ¿Con quien estás? ¿Cuando llegaste? ¿Que?...

Rit. Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto, en suma cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero, no te puedo ponderar cuanto lloró la pobrecita, ¡que afligida estuvo! Ni queria comer, ni podia dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechara la verdad del caso. Ello es, que cuando pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo: esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasara á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros, estrellados en las tapias del corral. Apenas partió la carta á su destino, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet, con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella: recogimos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mugeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aqui, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá Ya la ha visto, ya la han besado bastante, una por una, todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

Cal. Sí: no digas mas... Pero... ¿Con que el novio está en la posada?

Rit. Ese es su cuarto (1), este el de la madre, y aquel el nuestro.

Cal. ¿Como nuestro? ¿Tuyo y mio?

Rit. No por cierto. Aqui dormiremos esta noche la señorita y yo: porque ayer, metidas las tres en este de enfrente, ni cabiamos de pie, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

Cal. Bien... á Dios. (2)

Rit. ¿Y adonde?

Cal. Yo me entiendo... ¿Pero el novio trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

Rit. Un criado viene con él.

Cal. ¡Poca cosa!.. mira, dile en caridad, que se disponga, porque está de peligro. A Dios.

Rit. ¿Y volverás presto?

Cal. Se supone. Estas cosas piden diligencia, y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

(1) *Señalando el cuarto de D. Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca.*

(2) *Recoge los trastos que puso sobre la mesa en ademan de irse.*

Rit. Sí. De la señorita y mio.
Cal. ¡Bribona!
Rit. ¡Botarate! A Dios.
Cal. A Dios, aburrecida. (1)

ESCENA IX.

Doña Francisca y Rita.

Rit. ¡Que malo es!.. Pero.. ¡Válgame Dios! ¡Don Feliz aqui! Sí, la quiere, bien se conoce... (2) ¡Oh! por mas que digan, los hay muy finos; y entonces ¿que ha de hacer una?.. Quererlos: no tiene remedio, quererlos... Pero ¿que dirá la señorita cuando le vea que está ciega por él? ¡Pobrecita! Pues no seria una lástima que... Ella es. (3)
Doña Franc. ¡Ay, Rita!
Rit. ¿Que es eso? ¿Ha llorado usted?
Doña Fr. ¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picarona.
Rit. Señorita, por Dios, no se aflija usted.
Doña Fr. Ya, como tú no lo has oido... Y dice que D. Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo; y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto á mi madre, que si no... Pero bien sabe la Vírgen, que no me sale del corazon.
Rit. ¡Vaya, vamos! que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¡Quien sabe! ¿No se acuerda usted ya de aquel dia de asueto que tuvimos el año pasado, en la casa de campo del intendente?
Doña Franc. ¡Ay! ¿como puedo olvidarlo?... Pero ¿que me vas á contar?
Rit. Quiero decir, que aquel caballero que vimos alli con aquella cruz verde, tan galan, tan fino...
Doña Fr. ¡Que rodeos! D. Félix. ¿Y que?
Rit. Que nos fue acompañando hasta la ciudad...
Doña Franc. Y bien.. Y luego volvió, y le vi, por mi desgracia, muchas veces... Mal aconsejada de ti.
Rit. ¿Por que, señora?.. ¿A quien dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. El no entró jamas por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel, no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita... Mire usted que todo cuanto hemos leido á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oian entre once y doce de la noche? ¿De aquella sonora guitarra, punteada con tanta delicadeza y expresion?
Doña Franc. ¡Ay, Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... Y entretenido acaso con nuevos amores.
Rit. Eso no lo puedo yo creer.
Doña Franc. Es hombre al fin, y todos ellos...
Rit. ¡Que bobería! Desengáñese usted, señorita. Con los hombres y las mugeres, sucede lo mismo que con los melones de Añover. Hay de todo, la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéjese de su mala suerte; pero no

(1) *Entrase con los trastos al cuarto de don Cárlos.*
(2) *Sale Calamocha del cuarto de don Cárlos, y se va por la puerta del foro.*
(3) *Sale doña Francisca.*

desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creible que lo sea, el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á obscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una accion descompuesta, ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

Doña Franc. Es verdad. Por eso le quise tanto: por eso le tengo tan fijo aqui... aqui... (1) ¿Que habrá dicho al ver la carta?... ¡Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! ¡es lástima! Cierto. Pobre Paquita... Y se acabó... No habrá dicho mas... Nada mas.

Rit. No señora, no ha dicho eso.

Doña Franc. ¿Que sabes tú?

Rit. Bien lo sé. Apenas haya leido la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero... (2)

Doña Franc. ¿Adonde vas?

Rit. Quiero ver si...

Doña Franc. Está escribiendo.

Rit. Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he dicho á usted es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

Doña Franc. ¿Qué dices? No me engañes.

Rit. Aquel es su cuarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

Doña Franc. ¿De veras?

Rit. Si señora... Y le ha ido á buscar para...

Doña Franc. ¿Con que me quiere?... ¡Ay, Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... ¿Pero ves que fineza?... ¿Si vendrá bueno? Correr tantas leguas solo por verme... Porque yo se lo mando... ¡Que agradecida le debo estar!... ¡Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

Rit. Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá bajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice, y qué piensa hacer; porque hallándonos todos aqui, pudiera haber una de Satanás entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

Doña Franc. Dices bien... Pero no, él tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente... ¿Y cómo has de avisarme?... Mira que asi que llegue le quiero ver.

Rit. No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿Me entiende usted?

Doña Franc. Sí, bien.

Rit. Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor: la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados y del obispo que murió en el mar... Ademas que si está alli don Diego...

Doña Franc. Bien, anda, y asi que llegue...

Rit. Al instante.

Doña Franc. Que no te se olvide toser.

Rit. No haya miedo.

Doña Franc. ¡Si vieras que consolada estoy!

Rit. Sin que usted lo jure lo creo.

Doña Franc. ¿Te acuerdas cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

Rit. Sí, bien me acuerdo.

Doña Franc. ¡Ah!.. Pues mira como me dijo la verdad. (3)

(1) *Señalando al pecho.*

(2) *Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.*

(3) *Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene, y Rita por la puerta del foro.*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I. (1)

Doña Fraacisca.

Doña Franc. Nadie parece aun... (2) ¡Que impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple: que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años, y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

Doña Irene. Doña Francisca.

Doña Iren. Sola y á obscuras me habeis dejado alli.

Doña Franc. Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aqui, que está mucho mas fresco.

Doña Iren. ¿Pero aquella muchacha que hace que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... y yo que tengo un genio como una pólvora... (3) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?

Doña Franc. Me parece que no.

Doña Iren. Pues cuenta, niña, con lo lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razon...

Doña Franc. Bien, si señora, ya lo sé. No me riña usted mas.

Doña Iren. No es esto reñirte, hija mia: esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge: que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquíntida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas á hacer muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... ¿Que dices?

Doña Franc. Yo nada, mamá.

Doña Iren. Pues nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor! En hablándote de esto, no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

Rita. (4) *Doña Irene. Doña Francisca.*

Doña Iren. Vaya, muger: yo pensé que en toda la noche no venias.

Rit. Señora, he tardado porque han tenido que ir á comprar las velas. Como el tufo del velon la hace á usted tanto daño.

Doña Iren. Seguro que me hace muchísimo mal con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; sino me sirvieron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor. Mira, deja una luz ahí, y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

Rit. Muy bien. (5)

Doña Franc. ¿No ha venido? (6)

Rit. Vendrá.

Doña Iren. Oyes, aquella carta que está sobre la mesa, dásela al mozo de pssada, para que la lleve al instante al correo... (7) Y tú, niña, ¿que

(1) *Se irá obscureciendo lentamente el teatro hasta que al principio de la tercera escena vuelve á iluminarse.*

(2) *Acércase á la puerta del foro y vuelve.*

(3) *Siéntase.*

(4) *Sale por la puerta del foro luces y las pone encima de la mesa.*

(5) *Toma una luz y hace que se*

(6) *Aparte.*

(7) *Vase Rita al cuarto de Irene.*

de cenar? Porque será menester recogernos presto, para salir mañana de madrugada.

Doña Franc. Como las monjas me hicieron merendar...

Doña Iren. Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... (1) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al medio dia, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que esten.

Rit. ¿Y nada mas?

Doña Iren. No, nada mas... ¡Ah! y házmelas bien caldositas.

Rit. Sí, ya lo sé.

Doña Iren. ¿Rita?

Rit. Otra. ¿Que manda usted?

Doña Iren. Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante... Pero, no señor, mejor es... No quiero que la lleve él: que son unos borrachones que no se les puede... Has de decir á Simon, que digo yo que me haga el gusto de echarla en el correo. ¿Lo entiendes?

Rit. Si señora.

Doña Iren. ¡Ah! mira.

Rit. Otra.

Doña Iren. Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aqui, de modo que no se caiga y se me lastime... (2) ¡Que noche tan mala me dió! ¡Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios rezando el Gloria Patri y la oracion del santo Sudario!... Ello por otra parte edificaba, cierto... Pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV.

Doña Irene. Doña Francisca.

Doña Iren. Pues mucho será que don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí, y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡Tan atento! ¡Tan bien hablado! ¡Y con que garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sugeto de bienes y de posibles... ¡Y que casa tiene! Como una ascua de oro la tiene. Es mucho aquello. ¡Que ropa blanca! ¡Que batería de cocina! ¡Y que dispensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

Doña Franc. Si señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á usted.

Doña Iren. Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua; pajaritas del aire que apetecieras, las tendrias; porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras, el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡Pues no es cosa particular, señor!

Doña Franc. Mamá, no se enfade usted.

Doña Iren. No es buen empeño de... ¿Y te parece á ti que no sé yo muy bien de donde viene todo eso?... ¿No veo que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... Perdóneme Dios.

Doña Fr. Pero... Pues ¿que sabe usted?

Doña Iren. Me quieres engañar á mí, ¿eh? ¡Ay! hija... He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion, para que tú me engañes.

Doña Franc. Perdida soy. (3)

Doña Franc. Sin contar con su madre... Como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que, aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire usted que juicio de niña este! Que porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la

(1) *Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.*

(2) *Vase Rita por la puerta del foro.*

(3) *Aparte.*

puso en la cabeza el ser ella monja tambien... Ni qué entiende ella de eso, ni qué... En todos los estados se sirve á Dios, Frazquita; pero el complacer á su madre, asistirla, acompañarla, y ser el consuelo de sus trabajos; esa es la primera obligacion de una hija obediente. Y sépalo usted sino lo sabe.

Doña Franc. Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

Doña Iren. Sí, que no sé yo...

Doña Franc. No señora; creáme usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

Doña Iren. Mira si es cierto lo que dices.

Doña Franc. Si señora, que yo no sé mentir.

Doña Iren. Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás, si no te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ella.

Doña Franc. ¡Pobre de mí! (1)

ESCENA V.

Don Diego. (2) *Doña Irene. Doña Francisca.*

Doña Iren. Pues ¿como tan tarde?

D. Dieg. Apenas salí tropecé con el padre guardian de San Diego y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos, no me han querido soltar... (3) Y á todo esto, ¿como va?

Doña Iren. Muy bien.

D. Dieg. ¿Y doña Paquita?

Doña Iren. ¡Doña Paquita! siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre, y obedecerla.

D. Dieg. ¡Que diantre! ¡Con que tanto se acuerda de!...

Dona Iren. ¿Que se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad así tan...

D. Dieg. No, poco á poco; eso no. Precisamente en esa edad son las pasione[s] algo mas enérgicas y decisivas que e[n] la nuestra: y por cuanto la razon [se] halla todavía imperfecta y débil, l[os] ímpetus del corazon son mucho m[as] violentos... (4) Pero de veras, do[ña] Paquita, ¿se volveria usted al co[n]vento de buena gana?... La verdad.

Doña Iren. Pero si ella no...

D. Dieg. Déjela usted, señora, que ell[a] responderá.

Doña Franc. Bien sabe usted lo que ac[a]bo de decirla... No permita Dios q[ue] yo la dé que sentir.

D. Dieg. Pero eso lo dice usted tan a[fli]gida, y...

Doña Iren. Si es natural, señor. No [ve] usted que...

D. Dieg. Calle usted por Dios, doña I[re]ne, y no me diga usted á mí lo [que] es natural. Lo que es natural es: [que] la chica esté llena de miedo, y no [se] atreva á decir una palabra que [se] oponga á lo que su madre quiere [que] diga... Pero si esto hubiese, por [vida] mia, que estábamos lucidos.

Doña Franc. No señor, lo que dic[e su] merced eso digo yo. Lo mismo. [Y] que en todo lo que me manda la [obe]deceré.

D. Dieg. ¡Mandar, hija mia!... En [estas] materias tan delicadas, los padres [que] tienen juicio no mandan. Insin[úan,] proponen, aconsejan; eso sí, todo [eso] sí; ¡pero mandar! ¿Y quien ha de [evi]tar despues las resultas funestas [de lo] que mandaron? Pues ¿cuantas [veces] vemos matrimonios infelices, u[niones] monstruosas, verificadas solament[e por]que un padre tonto se metió á m[andar] lo que no debiera?... ¿Cuantas [veces] una desdichada muger halla anti[cipa]da la muerte en el encierro [de un] claustro, porque su madre ó su ...

(1) *Aparte.*

(2) *Sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y baston.*

(3) *Siéntase junto á doña Iren[e].*

(4) *Asiendo de una mano á [doña] Francisca la hace sentar inmediata...*

empeñaron en regalar á Dios, lo que Dios no queria? ¡ Eh! No señor, eso no va bien... Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creido imposible, que una muchacha de juicio y bien criada, llegase á quererme con aquel amor tranquilo y constante, que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia, de estas que viven en una decente libertad... Decente: que yo no culpo lo que no se opone al egercicio de la virtud. Pero ¿cual seria entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante mas apetecible que yo? ¡Y en Madrid! figúrese usted en un Madrid... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaria en usted todo cuanto yo deseaba...

Doña Iren. Y puede usted creer, señor don Diego, que...

D. Dieg. Voy á acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted, las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero si á pesar de todo esto, la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas, la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno: sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingénuo; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamas. Esto mismo la pido á usted, Paquita, sinceridad. El cariño que á usted la tengo, no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon: créame usted, la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

Doña Iren. ¿Puedo hablar ya, señor?

D. Dieg. Ella, ella debe hablar: y sin apuntador y sin intérprete.

Doña Iren. Cuando yo se lo mande.

D. Dieg. Pues ya puede usted mandárselo, porque á ella le toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

Doña Iren. Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos dias ha, cuando le di parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo, y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta como está, y continuamente nos envia memorias con el ordinario.

D. Dieg. Y bien, señora, ¿que escribió el padrino?... O por mejor decir, ¿que tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

Doña Iren. Si señor que tiene que ver, si señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted, que ni un padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun catedrático ni bachiller, ni nada de eso; sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empleillo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que da gusto... Cuasi toda la carta venia en latin, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase, lo que nos está sucediendo.

D. Dieg. Pero, señora, sino sucede nada, ni hay cosa que á usted la deba disgustar.

Doña Iren. Pues no quiere usted que me disguste, oyéndole hablar de mi hija en unos términos, que... ¡Ella otros amores, ni otros ciudados!.. Pues si tal hubiera... ¡Válgame Dios!.. La ma-

taba á golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa muger. Dícelo para que se tranquilice, y...

D. Dieg. Yo, señora, estoy mas tranquilo que usted.

Doña Iren. Respóndele.

Doña Franc. Yo no sé que decir. Si ustedes se enfadan.

D. Dieg. No, hija mia. Esto es dar alguna expresion á lo que se dice; pero enfadarnos, no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

Doña Iren. Si señor que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

D. Dieg. No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero solo que doña Paquita esté contenta.

Doña Iren. ¿Pues no ha de estarlo?... Responde.

Doña Franc. Si señor que lo estoy.

D. Dieg. Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cueste el menor sentimiento.

Doña Iren. No señor, todo al conrrario... Boda mas á gusto de todos, no se pudiera imaginar.

D. Dieg. En esta inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada, y espero que á fuerza de beneficios, he de merecer su estimacion y su amistad.

Doña Franc. Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!

D. Dieg. Pero de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna to-davía de mayor fortuna.

Doña Iren. Ven aqui, ven... Ven aqui Paquita.

Doña Franc. Mamá. (1)

Doña Iren. ¿Ves lo que te quiero?

Doña Franc. Si señora.

Doña Iren. ¿Y cuanto procuro tu bien? ¡Que no tengo otro pio, sino el de verte colocada antes que yo falte!

Doña Franc. Bien lo conozco.

Doña Iren. ¡Hija de mi vida!.. ¿Has de ser buena?

Doña Franc. Si señora.

Doña Iren. ¡Ay! ¡que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

Doña Franc. ¿Pues que? ¿no la quiero yo á usted?

D. Dieg. Vamos, vamos de aqui. (2) No venga alguno y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

Doña Iren. Sí, dice usted bien. (3)

ESCENA VI.

Rita. Doña Francisca.

Rit. ¡Señorita!... ¡Eh! chit... ¡Señori[ta]

Doña Franc. ¿Que quieres?

Rit. Ya ha venido.

Doña Franc. ¿Como?

Rit. Ahora mismo acaba de llegar. [...] he dado un abrazo, con licencia [de] usted, y ya sube por la escalera.

Doña Fr. ¡Ay Dios!... ¿Y que debo hac[er]

Rit. ¡Donosa pregunta!.. Vaya, lo [que] importa es, no gastar el tiempo [en] melindres de amor... Al asunto... juicio... Y mire usted que en el pa[sa]ge en que estamos, la conversacion puede ser muy larga... Ahí está.

Doña Franc. Sí... El es.

Rit. Voy á cuidar de aquella gen[te] Valor, señorita, y resolucion. (4)

(1) *Levántandose doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mutuamente.*

(2) *Levántase don Diego y despues doña Irene.*

(3) *Vánse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detras [de] Rita que sale por la puerta del fo[ro y] la hace detener.*

(4) *Rita se va al cuarto de d[oña] Irene.*

Doña Franc. No, no, que yo tambien... Pero, no lo merece.

ESCENA VII.

Don Cárlos. (1) *Doña Francisca.*

D. Cárl. ¡Paquita!... ¡Vida mia! ya estoy aqui... ¡Como va, hermosa! ¡como va!

Doña Franc. Bien venido.

D. Cárl. ¿Como tan triste?.. ¿No merece mi llegada mas alegría?

Doña Franc. Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí, bien lo sabe usted... Despues de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

D. Cárl. ¿En donde?

Doña Franc. Ahí en ese cuarto. (2)

D. Cárl. Sola.

Doña Franc. No señor.

D. Cárl. Estará en compañía del prometido esposo. (3) Mejor... Pero ¿no hay nadie mas con ella?

Doña Franc. Nadie mas, solos están... ¿Que piensa usted hacer?

D. Cárl. Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... El tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle, porque quiere bien á una muger, tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de usted, ni... Vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atencion.

Doña Franc. Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

D. Cárl. No importa.

Doña. Franc. Quiere que esta boda se celebre asi que lleguemos á Madrid.

D. Cárl. ¿Cual?... No. Eso no.

Doña Franc. Los dos estan de acuerdo, y dicen...

D. Cárl. Bien... Dirán... Pero no puede ser.

Doña Franc. Mi madre no me habla continuamente de otra materia... Me amenaza, me ha llenado de temor... El insta por su parte: me ofrece tantas cosas, me...

D. Cárl. ¿Y usted que esperanza le da?.. Ha prometido quererle mucho.

Doña Franc. ¡Ingrato!.. Pues no sabe usted que... ¡Ingrato!

D. Cárl. Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

Doña Franc. Y el último.

D. Cárl. Y antes perderé la vida, que renunciar el lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... ¿Digo bien (4)?

Doña Franc. ¿Pues de quien ha de ser?

D. Cárl. ¡Hermosa! ¡Que dulce esperanza me anima!.. Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin: ya estoy aquí. ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligacion, mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de usted sabrá quien soy... Alli puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso: á quien, mas que tio, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato ni mas querido que yo: es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algun atractivo, esta circunstancia añadiria felicidades á nuestra union.

Doña Franc. ¿Y que vale para mí toda la riqueza del mundo?

D. Cárl. Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

Doña Franc. Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

D. Cárl. Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

(1) *Sale por la puerta del foro.*
(2) *Señalando al cuarto de doña Irene.*
(3) *Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene, y vuelve.*
(4) *Asiéndola de las manos.*

Doña Franc. ¿Y que se ha de hacer, para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?.. ¡Me quiere tanto!.. Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamas: que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla... Yo no sé, no sé que camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

D. Cárl. Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

Doña Franc. ¿Pues no he de tenerla?... ¿Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿que habia yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto: sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere. (1)

D. Cárl. ¡Que llanto!.. ¡Como persuade!.. Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á usted de cuantos quieran oprimirla. ¿A un amante favorecido, quien puede oponérsele? Nada hay que temer.

Doña Franc. ¿Es posible?

D. Cárl. Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo el brazo de la muerte bastará á dividirlas.

ESCENA VIII.

Rita. Don Cárlos. Doña Francisca.

Rit. Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y usted señor galan, ya puede tambien disponer de su persona.

D. Cárl. Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

Doña Franc. Ni yo.

D. Cárl. Hasta mañana... Con la luz del dia veremos á este dichoso competidor.

Rit. Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente: con su chupa larga, su camisola limpia y sus sesenta años debajo del peluquín. (2)

Doña Franc. Hasta mañana.

D Cárl. A Dios Paquita.

Doña Franc. Acuéstese usted, y descanse.

D. Cárl. ¿Descansar con celos?

Doña Franc. ¿De quien?

D. Cárl. Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

Doña Franc. ¿Dormir con amor?

D. Cárl. A Dios, vida mia.

Doña Franc. A Dios. (3)

ESCENA IX.

Don Cárlos. Calamocha. Rita.

D. Cárl. ¡Quitármela!.. (4) No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio, repugnándolo su hija... Mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!.. Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

Calam. Pues, señor, (5) tenemos un medio cabrito asado, y... A lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia extraña: bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que seria bueno...

D. Cárl. Vamos... ¿Y adonde ha de ser?

Calam. Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

(1) *Se enternece y llora.*
(2) *Se va por la puerta del foro.*
(3) *Entrase al cuarto de doña Irene.*

(4) *Paseándose con inquietud.*
(5) *Sale Calamocha por la puerta del foro.*

Rit. ¿Quien quiere sopas? (1)

D. Cárl. Buen provecho.

Calam. Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

Rit. La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero, lo agradece, señor militar. (2)

Calam. Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

D. Cárl. ¿Con que, vamos?

Cal. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!.. (3) ¡Eh! chit, digo...

D. Cárl. ¿Que?

Calam. No ve usted lo que viene por alli.

D. Cárl. ¿Es Simon?

Cal. El mismo... Pero ¿quien diablos le...

D. Cárl. ¿Y que haremos?

Calam. ¿Que sé yo?.. Sonsacarle, mentir, y.. Me da usted licencia para que..

D. Cárl. Sí, miente lo que quieras... ¿A que habrá venido este hombre?

ESCENA X.

Simon. (4) *Don Cárlos. Calamocha.*

Calam. Simon, tú por aqui.

Sim. A Dios, Calamocha. ¿Como va?

Calam. Lindamente.

Sim. Cuanto me alegro de...

D. Cárl. ¿Hombre? ¿tú en Alcalá? ¿Pues que novedad es esta?

Sim. ¡Oh! que estaba usted ahí, señorito... ¡Voto va sanes!

D. Cárl. ¿Y mi tio?

Sim. Tan bueno.

Calam. Pero se ha quedado en Madrid, ó..

Sim. Quien me habia de decir á mí... ¡Cosa como ella! Tan ageno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez mas guapo... ¿Con que usted irá á ver al tio, eh?

Calam. Tú habrás venido con algun encargo del amo.

Sim. ¡Y que calor trage, y que polvo por ese camino! ¡Ya, ya!

Calam. Alguna cobranza tal vez. ¿Eh?

D. Cárl. Puede ser. Como tiene mi tio ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido á eso?

Sim. ¡Y que buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco, no le hay en toda la campiña... ¿Con que usted viene ahora de Zaragoza?

D. Cárl. Pues... Figúrate tú.

Sim. ¿O va usted allá?

D. Cárl. ¿Adonde?

Sim. A Zaragoza. ¿No está alli el regimiento?

Calam. ¿Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, no habiamos de haber andado mas de cuatro leguas?

Sim. ¿Que sé yo? Algunos van por la posta, y tardan mas de cuatro meses en llegar.. Debe de ser un camino muy malo.

Calam. Maldito (5) seas tú y tu camino, y la bribona que te dió papilla.

D. Cárl. Pero aun no me has dicho, si mi tio está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni...

Sim. Bien, á eso voy... Si señor, voy á decir á usted... Con que... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI.

Don Diego. Don Cárlos. Simon. Calamocha.

D. Dieg. No, no es menester: si hay luz aqui. Buenas noches, Rita. (6)

D. Cárl. ¡Mi tio!...

D. Dieg. ¿Simon? (7)

(1) *Sale Rita por la puerta del foro con unos platos, tazas, cucharas y servilleta.*

(2) *Entrase al cuarto de doña Irene.*

(3) *Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve: se acerca á don Cárlos, y hablan aparte hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*

(4) *Sale por la puerta del foro.*

(5) *Aparte, separándose de Simon.*

(6) *Desde adentro. Don Cárlos se turba, y se aparta á un extremo del teatro.*

(7) *Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo: repara en don Cárlos, y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.*

Sim. Aqui estoy, señor.

D. Cárl. ¡Todo se ha perdido!

D. Dieg. Vamos... Pero... ¿Quien es?

Sim. Un amigo de usted, señor.

D. Cárl. ¡Yo estoy muerto!

D. Dieg. Como, ¿un amigo?... ¿Que?... Acerca esa luz.

D. Cárl. ¡Tio! (1)

D. Dieg. Quítate de ahí.

D. Cárl. ¡Señor!

D. Dieg. Quítate... No sé como no le... ¿Que haces aqui?

D. Cárl. Si usted se altera, y...

D. Dieg. ¿Que haces aqui?

D. Cárl. Mi desgracia me ha traido.

D. Dieg. Siempre dándome que sentir, ¡siempre!... Pero... (2) ¿Que dices?... ¿De veras ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Que te sucede?... ¿Por que estás aqui?

Calam. Porque le tiene á usted ley, y le quiere bien, y...

D. Dieg. A ti no te pregunto nada... ¿Por que has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Por que te asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tio.

D. Cárl. No señor; que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

D. Dieg. Pues ¿á que veniste?... ¿Es desafio? ¿son deudas? ¿Es algun disgusto con tus gefes?... Sácame de esta inquietud, Cárlos... Hijo mio, sácame de este afan.

Calam. Si todo ello no es mas que...

D. Dieg. Ya he dicho que calles... Ven acá. (3) ¿Dime que ha sido?

D. Cárl. Una ligereza, una falta de sumision á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le ha dado el verme.

D. Dieg. ¿Y que otra cosa hay?

D. Cárl. Nada mas, señor.

D. Dieg. Pues ¿que desgracia era aquella de que me hablaste?

D. Cárl. Ninguna. La de hallarle á usted en este parage... Y haberle disgustado tanto; cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

D. Dieg. ¿No hay mas?

D. Cárl. No señor.

D. Dieg. Míralo bien.

D. Cárl. No señor... A eso venia. No hay nada mas.

D. Dieg. Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No señor... ¿Ni quien ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales egemplos se repitieran mucho, á Dios disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

D. Cárl. Considere usted, tio, que estamos en tiempo de paz: que en Zaragoza, no es necesario un servicio tan exacto, como en otras plazas en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede usted creer que este viage supone la aprobacion y la licencia de mis superiores: que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

D. Dieg. Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El Rey le tiene alli para que los instruya, los proteja, y les dé egemplos de subordinacion, de valor, de virtud.

D. Cárl. Bien está; pero ya he dicho los motivos...

D. Dieg. Todos estos motivos no valen nada... ¡Por que le dió la gana de ver al tio!... Lo que quiere su tio de usted no es verle cada ochos dias; sino saber que es hombre de juicio, y que cumple con sus obligaciones. Eso

(1) *En ademan de besar la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.*

(2) *Acercándose á don Cárlos.*

(3) *Asiendo de una mano á don Cárlos, se aparta con él á un extremo del teatro, y le habla con voz baja.*

lo que quiere... Pero (1) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse, inmediatamente.

D. Cárl. Señor, si....

D. Dieg. No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aqui.

Calam. Es que los caballos no estan ahora para correr... Ni pueden moverse.

D. Dieg. Pues con ellos (2) y con las maletas al meson de afuera... Usted (3) no ha de dormir aqui... Vamos (4) tú, buena pieza; menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho: sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... (5) ¿Que dinero tienes ahí?...

Sim. Tendré unas cuatro ó seis onzas. (6)

D. Dieg. Dámelas acá... Vamos, ¿que haces?... (7) ¿No he dicho que ha de ser al instante?... Volando. Y tú (8) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de alli hasta que se hayan ido. (9)

ESCENA XII.

Don Diego. Don Cárlos.

D. Dieg. Tome usted. (10) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo asi, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso; ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo como le he sido hasta aqui.

D. Cárl. Ya lo sé.

D. Dieg. Pues bien, ahora obedece lo que te mando.

D. Cárl. Lo haré sin falta.

D. Dieg. Al meson de afuera. (11) Alli puedes dormir mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aqui por ningun pretexto, ni entres en la ciudad... Cuidado... Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que yo he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

D. Cárl. Si señor.

D. Dieg. Mira que lo has de hacer.

D. Cárl. Si señor: haré lo que usted manda.

D. Dieg. Muy bien... A Dios. Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré tambien cuando llegas á Zaragoza: no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

D. Cárl. Pues ¿que hice yo?

D. Dieg. Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿que mas quieres?... No es tiempo ahora de tratar de eso... Vete.

D. Cárl. Quede usted con Dios (12)

D. Dieg. Sin besar la mano á tu tio. ¿Eh?

D. Cárl. No me atreví. (13)

D. Dieg. Y dame un abrazo, por si no nos volvemos á ver.

D. Cárl. ¿Que dice usted? no lo permita Dios.

D. Dieg. ¿Quien sabe, hijo mio?... ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

D. Cárl. No señor, ahora no.

D. Dieg. Mucho es: porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tio... Pues bien: yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de órden mia. Y mira como lo gastas... ¿Juegas?

(1) *Alza la voz, y se pasea inquieto.*
(2) *A Calamocha.*
(3) *A don Cárlos.*
(4) *A Calamocha.*
(5) *A Simon.*
(6) *Saca de un bolsillo unas monedas, y se las da á don Diego.*
(7) *A Calamocha.*
(8) *A Simon.*
(9) *Los dos criados entran en el cuarto de don Cárlos.*
(10) *Le da el dinero.*
(11) *A los dos criados que salen con los trastos del cuarto de don Cárlos, y se van por la puerta del foro.*
(12) *Hace que se va, y vuelve.*
(13) *Besa la mano á don Diego, y se abrazan.*

D. Cárl. No señor, en mi vida.
D. Dieg. Cuidado con eso... Con que, buen viage. Y no te acalores: jornadas regulares, y nada mas... ¿Vas contento?
D. Cárl. No señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.
D. Dieg. No se hable ya de lo pasado... A Dios.
D. Cárl. ¿Queda usted enojado conmigo?
D. Dieg. No, no por cierto... Me disgusté bastante; pero ya se acabó... No me des que sentir. (1) Portarse como hombre de bien.
D. Cárl. No lo dude usted.
D. Dieg. Como oficial de honor.
D. Cárl. Asi lo prometo.
D. Dieg. A Dios, Cárlos. (2)
D. Cárl. ¡Y la dejo!... (3) ¡y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII.

Don Diego.

D. Dieg. Demasiado bien se ha dispuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo que... Despues de hecho no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tio!... Como una malva es... (4)

ESCENA XIV.

Doña Francisca. Rita. (5)

Rit. Mucho silencio hay por aqui.
Doña Franc. Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.
Rit. Precisamente.
Doña Franc. ¡Un camino tan largo!
Rit. ¡A lo que obliga el amor, señorita!
Doña Franc. Sí, bien puedes decirlo, amor... ¿Y yo que no hiciera por él!
Rit. Y deje usted, que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella... El pobre don Diego qué chasco se va á llevar, y por otra parte, vea usted que señor tan bueno, que cierto da lástima...
Doña Franc. Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mugeres.
Rit. ¡Ay! ahora me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la cabeza... Voy por él. (6)
Doña Franc. ¿A que vas?
Rit. El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de alli.
Doña Franc. Sí, tráele: no empiece á rezar como anoche... Alli quedó junto á la ventana... Y ve con cuidado no despierte mamá.
Rit. Sí, mire usted el estrépito de caballerías que anda por allá bajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número siete, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton que rechina, que...
Doña Franc. Te puedes llevar la luz.
Rit. No es menester, que ya sé donde está. (7)

ESCENA XV.

Simon. (8) *Doña Francisca.*

Doña Franc. Yo pensé que estaban ustedes acostados.

(1) *Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*
(2) *Abrázanse.*
(3) *Aparte, al irse por la puerta del foro.*
(4) *Se enjuga las lágrimas, toma la luz, y se va á su cuarto. El teatro queda solo y obscuro por un breve espacio.*
(5) *Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.*
(6) *Encaminándose al cuarto de doña Irene.*
(7) *Vase al cuarto de doña Irene.*
(8) *Sale por la puerta del foro.*

Sim. El amo ya habrá hecho esa diligencia; pero yo todavía no sé en donde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

Doña Franc. ¿Que gente nueva ha llegado ahora?

Sim. Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

Doña Franc. ¿Los arrieros?

Sim. No señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

Doña Fr. ¿Quienes dice usted que son?

Sim. Un oficial de caballería y su asistente.

Doña Franc. ¿Y estaban aqui?

Sim. Si señora: ahí en ese cuarto.

Doña Franc. No los he visto.

Sim. Parece que llegaron esta tarde, y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita. (1)

ESCENA XVI.

Doña Francisca. Rita.

Doña Fr. ¡Dios mio de mi alma! ¿Que es esto? No puedo sostenerme... ¡Desdichada! (2)

Rit. Señorita, yo vengo muerta. (3)

Doña Franc. ¡Ay, que es cierto!... ¿Tú lo sabes tambien?

Rit. Deje usted, que todavía no creo lo que he visto. Aqui no hay nadie... Ni maletas, ni ropa, ni... ¿Pero cómo podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

Doña Franc. ¿Y eran ellos?

Rit. Si señora. Los dos.

Doña Fr. ¿Pero se han ido de la ciudad?

Rit. Sino los he perdido de vista hasta que salieron por la puerta de Mártires... Como está un paso de aqui.

Doña Fr. ¿Y es ese el camino de Aragon?

Rit. Ese es.

Doña Fr. ¡Indigno!... ¡Hombre indigno!

Rit. Señorita...

Doña Franc. ¿En que te ha ofendido esta infeliz?

Rit. Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprensible... Sino alcanzo á descubrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

Doña Franc. ¿Pues no le quise mas que á mi vida? ¿No me ha visto loca de amor?

Rit. No sé que decir al considerar una accion tan infame.

Doña Franc. ¿Que has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto?... ¡Para engañarme! ¡para abandonarme asi! (4)

Rit. Pensar que su venida fue con otro designio, no me parece natural... Celos... ¿Por que ha de tener celos?... Y aun eso mismo deberia anamorarle mas... El no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

Doña Franc. Te cansas en vano... Di que es un pérfido, di que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

Rit. Vamos de aqui que puede venir alguien, y...

Doña Franc. Sí, vámonos... Vamos á llorar... ¡Y en que situacion me deja!... Pero ¿ves que malvado?

Rit. Si señora, ya lo conozco.

Doña Franc. ¡Que bien supo fingir!... ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardon?... ¡Dios de mi vida! ¿Cual es mi delito? ¿cual es? (5)

(1) *Vase al cuarto de don Diego.*

(2) *Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*

(3) *Saca la jaula del tordo, y la deja encima de la mesa, abre la puerta del cuarto de don Cárlos, y vuelve.*

(4) *Levántase, y Rita la sostiene.*

(5) *Rita coge la luz y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.*

ACTO TERCERO.

ESCENA I. (1)

Don Diego. Simon.

D. Dieg. Aqui á lo menos, ya que no duerma, no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no sé... ¡Como ronca este!... Guardémosle el sueño hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... (2) ¿Que es eso? Mira no te caigas, hombre.

Sim. ¿Que estaba usted ahí, señor?

D. Dieg. Sí, aqui me he salido, porque alli no se puede parar.

Sim. Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

D. Dieg. ¡Mala comparacion!... Di que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

Sim. En efecto, dice usted bien... ¿Y que hora será ya?

D. Dieg. Poco ha que sonó el relox de san Justo, y si no conté mal, dió las tres...

Sim. ¡Oh! Pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

D. Dieg. Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

Sim. Pero si usted viera que apesadumbrado le dejé, ¡que triste!

D. Dieg. Ha sido preciso.

Sim. Ya lo conozco.

D. Dieg. ¿No ves que venida tan intempestiva? y...

Sim. Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte, él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante. ¿Eh?

D. Dieg. No, ¡que! No señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en que circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando (3) se fue me quedó un ansia en el corazon... ¿Que ha sonado?

Sim. No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

D. Dieg. Calla.

Sim. Vaya, música tenemos segun parece.

D. Dieg. Sí, como lo hagan bien.

Sim. ¿Y quien será el amante infeliz que se viene á gorgear á estas horas en ese callejon tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

D. Dieg. Puede ser.

Sim. Ya empiezan, oigamos (4)... Pues dígole á usted que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

D. Dieg. No: no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

Sim. ¿Quiere usted que nos asomemos un poco á ver?...

D. Dieg. No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quien sabe la importancia que darán ellos á la tal música!... (5) No gusto yo de incomodar á nadie.

Sim. ¡Señor!... ¡Eh! Presto aqui á un ladito.

D. Dieg. ¿Que quieres?

Sim. Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

D. Dieg. ¿Sí?... Retirémonos.

(1) *Teatro obscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.*

(2) *Simon despierta, y al oir á don Diego se incorpora y se levanta.*

(3) *Suenan á lo lejos tres palmadas, y poco despues se oye que puntean un instrumento.*

(4) *Tocan una sonata desde adentro.*

(5) *Sale de su cuarto doña Francisca y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon retiran á un lado y observan.*

ESCENA II.

Doña Francisca. Rita. Don Diego. Simon.

Rit. Con tiento, señorita.

Doña Franc. Siguiendo la pared, ¿no voy bien? (1)

Rit. Si señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

Doña Franc. No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

Rit. ¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

Doña Franc. Calla (2)... Sí, él es, ¡Dios mio!... (3) Ve, responde... Albricias corazon. El es.

Sim. ¿Ha oido usted?

D. Dieg. Sí.

Sim. ¿Que querrá decir esto?

D. Dieg. Calla.

Doña Franc. Yo soy (4)... ¿Y que habia de pensar viendo lo que usted acaba de hacer?... ¿Que fuga es esta?... Rita, (5) amiga, por Dios ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí!... Bien está, tírela usted... Pero yo no acabo de entender... ¡Ay, don Félix! nunca le he visto á usted tan tímido... (6) No, no la he cogido; pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo, hasta que llegue el dia, los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Sí, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... ¿Y como le parece á usted estará el mio?... No me cabe en el pecho... Diga usted. (7)

Rit. Señorita, vamos de aqui... Presto, que hay gente.

Doña Franc. ¡Infeliz de mí!... Guíame.

Rit. Vamos... (8) ¡Ay!

Doña Franc. ¡Muerta voy!

ESCENA III.

Don Diego. Simon.

D. Dieg. ¿Que grito fue ese?

Sim. Una de las fantasmas que al retirarse tropezó conmigo.

D. Dieg. Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

Sim. No encuentro nada, señor. (9)

D. Dieg. Búscale bien, que por ahí ha de estar.

Sim. ¿Le tiraron desde la calle?

D. Dieg. Sí... ¿Que amante es este?... ¡Y diez y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

Sim. Aqui está. (10)

D. Dieg. Vete abajo y enciende una luz... En la caballeriza ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante. (11)

(1) *Vuelven á probar el instrumento.*

(2) *Repiten desde adentro la sonata anterior.*

(3) *Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.*

(4) *Doña Francisca se asoma á la ventana: Rita se queda detras de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones, mas ó menos largas que deben hacerse.*

(5) *Apartándose de la ventana, y vuelve despues.*

(6) *Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademan de buscarla y no hallándola vuelve á asomarse.*

(7) *Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula, y la deja caer.*

(8) *Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.*

(9) *Tentando por el suelo cerca de la ventana.*

(10) *Halla la carta y se la da á don Diego.*

(11) *Vase Simon por la puerta del foro.*

ESCENA IV.

Don Diego.

D. Dieg. ¿Y á quien debo culpar? ¿Es (1) ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ú yo?... ¿Sobre quien?... ¿Sobre quien ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir... ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos! ¡Que esperanzas tan halagüeñas concebí¡ !Que felicidades me prometia!... ¡Celos!... ¿Yo?... ¡En que edad tengo celos!... ¡Vergüenza es!... Peró esta inquietud que yo siento, esta indignacion, estos deseos de venganza, ¿de que provienen? ¿Como he de llamarlos?... Otra vez parece que... (2) Sí.

ESCENA V.

Rita. Don Diego. Simon.

Rit. Ya se han ido... (3) ¡Válgame Dios!.. El papel estará muy bien escrito; pero el señor don Félix es un grandísimo picaron... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido!... Y este maldito papel... Pues buena la hiciéramos si no pareciese... ¿Que dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

Sim. Ya tenemos luz. (4)

Rit. ¡Perdida soy!

D. Dieg. ¡Rita! ¿Pues tú aqui? (5)

Rit. Si señor, porque...

D. Dieg. ¿Que buscas á estas horas?

Rit. Buscaba... Yo le diré á usted... Porque oimos un ruido muy grande...

Sim. Sí, ¿eh?

Rit. Cierto... Un ruido, y... Y mire (6) usted era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido... ¡Pobrecito!

Sim. Sí, algun gato.

Rit. ¡Pobre animal! Y que asustadillo se conoce que está todavía.

Sim. Y con mucha razon... ¿No te parece si le hubiera pillado el gato?...

Rit. Se le hubiera comido. (7)

Sim. Y sin pebre... Ni plumas hubiera dejado.

D. Dieg. Tráeme esa luz.

Rit. ¡Ah! Deje usted encenderemos esta, (8) que ya lo que no se ha dormido...

D. Dieg. ¿Y doña Paquita duerme?

Rit. Si señor.

Sim. Pues mucho es que con el ruido del tordo...

D. Dieg. Vamos. (9)

ESCENA VI.

Doña Francisca. Rita.

Doña Franc. ¿Ha parecido el papel?

Rit. No señora.

Doña Franc. ¿Y estaban aqui los dos cuando tú saliste?

Rit. Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber que disculpa darles. (10)

Doña Franc. Ellos eran sin duda... Aqui estarian cuando yo hablé desde la ventana. ¿Y ese papel?

Rit. Yo no lo encuentro, señorita.

Doña Franc. Le tendrán ellos: no te can-

(1) *Apoyándose en el respaldo de una silla.*

(2) *Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.*

(3) *Rita observa y escucha, asómase despues á la ventana y busca la carta por el suelo.*

(4) *Sale con luz. Rita se sorprende.*

(5) *Acercándose.*

(6) *Alza la jaula que está en el suelo.*

(7) *Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*

(8) *Enciende la vela que está sobre la mesa.*

(9) *Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.*

(10) *Rita coge la luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.*

ses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

Rit. A lo menos por aqui...

Doña Franc. ¡Yo estoy loca! (1)

Rit. Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera......

Doña Franc. Cuando iba á hacerlo me avisaste, y fue preciso retirarnos... ¿Pero sabes tú con que temor me habló? ¡Que agitacion mostraba! Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse: que la habia escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos; suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve, que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: ¿pues yo para que he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una muger? ¡Hay tantas mugeres!... Cásenla... Yo nada pierdo. Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mio, perdon!... ¡Perdon de haberle querido tanto!

Rit. ¡Ay! señorita, (2) que parece que salen ya.

Doña Franc. No importa: déjame.

Rit. Pero si don Diego la ve á usted de esa manera...

Doña Franc. Si todo se ha perdido ya, ¿que puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII.

Don Diego. Simon. Doña Francisca. Rita.

Sim. Voy enterado: no es menester mas.

D. Dieg. Mira, y haz que ensillen inmediatamente al Moro mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que des los alcanzas... Las dos aqui, ¿eh?... Con que vete, no se pierda tiempo. (3)

Sim. Voy allá.

D. Dieg. Mucho se madruga, doña Paquita.

Doña Franc. Si señor.

D. Dieg. ¿Ha llamado ya doña Irene?

Doña Franc. No señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir. (4)

ESCENA VIII.

Don Diego. Doña Francisca.

D. Dieg. ¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

Doña Franc. No señor. ¿Y usted?

D. Dieg. Tampoco.

Doña Franc. Ha hecho demasiado calor.

D. Dieg. ¿Está usted desazonada?

Doña Franc. Alguna cosa.

D. Dieg. ¿Que siente usted? (5)

Doña Franc. No es nada... Asi un poco de... Nada... No tengo nada.

D. Dieg. Algo será; porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Que tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

Doña Franc. Si señor.

D. Dieg. ¿Pues por que no hace usted mas confianza de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

Doña Franc. Ya lo sé.

D. Dieg. Pues como sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazon?

Doña Franc. Porque eso mismo me obliga á callar.

D. Dieg. Eso quiere decir, que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

(1) *Siéntase.*

(2) *Mirando hácia el cuarto de don Diego.*

(3) *Despues de hablar los dos inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.*

(4) *Rita se va al cuarto de doña Irene.*

(5) *Siéntase junto á doña Francisca.*

Doña Franc. No señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

D. Dieg. ¿Pues de quien, hija mia?... Venga usted acá... (1) Hablemos, siquiera una vez, sin rodeos ni disimulacion... Dígame usted, ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuanto va que si la dejasen á usted entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

Doña Franc. Ni con otro.

D. Dieg. ¿Será posible que usted no conozca otro mas amable que yo? ¿Que le quiera bien y que la corresponda como usted merece?

Doña Franc. No señor, no señor.

D. Dieg. Mírelo usted bien.

Doña Franc. ¿No le digo á usted que no?

D. Diego. Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

Doña Franc. Tampoco, no señor... Nunca he pensado asi.

D. Dieg. No tengo empeño de saber mas... Pero de todo lo que acabo de oir, resulta una gravísima contradiccion. Usted no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro; ni debo recelar que nadie me dispute su mano... ¿Pues que llanto es ese? ¿De donde nace esa tristeza profunda que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme exclusivamente á mí? ¿De casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian asi la alegría y el amor? (2)

Doña Franc. ¿Y que motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

D. Dieg. ¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones: si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

Doña Franc. Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

D. Dieg. ¿Y despues, Paquita?

Doña Franc. Despues... Y mientras me dure la vida seré muger de bien.

D. Dieg. Eso no lo puedo yo dudar... Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted, ¿estos títulos no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa: si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

Doña Franc. ¿Dichas para mí?... Ya se acabaron.

D. Dieg. ¿Por que?

Doña Franc. Nunca diré por que.

D. Dieg. ¡Pero que obstinado! ¡que imprudente silencio!... Cuando usted misma debe presumir, que no estoy ignorante de lo que hay.

Doña Franc. Si usted lo ignora, señor don Diego; por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

D. Dieg. Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias; hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho dias será usted mi muger.

Doña Franc. Y daré gusto á mi madre.

D. Dieg. Y vivirá usted infeliz.

Doña Franc. Ya lo sé.

D. Dieg. Ve aqui los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas ino-

(1) *Acércase mas.*

(2) *Vase iluminando lentamente el teatro, suponiendo que viene la luz del dia.*

centes, con una pérfida disimulacion. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio, no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, orígen de tantos escándalos, ya estan bien criadas: y se llama excelente educacion la que inspira en ellas, el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

Doña Franc. Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

D. Dieg. Sea cual fuere, hija mia, es menester que usted se anime... Si la ve á usted su madre de esa manera; ¿que ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

Doña Franc. ¡Dios mio!

D. Dieg. Sí: Paquita: conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta... ¡Mire usted que desórden este! ¡Que agitacion! ¡Que lágrimas! Vaya, me da usted palabra de presentarse asi... Con cierta serenidad, y... ¿Eh?

Doña Franc. Y usted señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿á quien he de volver los ojos? ¿Quien tendrá compasion de esta desdichada?

D. Dieg. Su buen amigo de usted... Yo... ¿Como es posible que yo la abandonase... ¡Criatura! en la situacion dolorosa en que la veo? (1)

Doña Franc. ¿De veras?

D. Dieg. Mal conoce usted mi corazon.

Doña Franc. Bien le conozco. (2)

D. Dieg. ¿Que hace usted, niña?

Doña Franc. Yo no sé... ¡Que poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay! ¡que infeliz soy, señor don Diego!

D. Dieg. Yo bien sé que usted agradece, como puede, el amor que la tengo. Lo demas todo ha sido... ¿Que sé yo?... Una equivocacion mia, y no otra cosa... ¡Pero usted, inocente!... Usted no ha tenido la culpa.

Doña Franc. Vamos... ¿No viene usted?

D. Dieg. Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

Doña Franc. Vaya usted presto. (3)

D. Dieg. Sí, presto iré.

ESCENA IX.

Simon. Don Diego.

Sim. Ahí estan, señor.

D. Dieg. ¿Que dices?

Sim. Cuando yo salia de la puerta los vi á lo lejos, que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y apenas llegué y le dige al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisara yo: por si acaso habia gente aqui, y usted no queria que le viesen.

D. Dieg. ¿Y que dijo cuando le diste el recado?

Sim. Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una palabra... A mí me ha dado compasion el verle asi tan...

D. Dieg. No me empieces ya á interceder por él.

(1) *Asiéndola de las manos.*

(2) *Quiere arrodillarse, don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.*

(3) *Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.*

Sim. ¿Yo, señor?

D. Dieg. Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasion!... Es un pícaro.

Sim. Como yo no sé lo que ha hecho...

D. Dieg. Es un bribon, que me ha de quitar la vida. Ya te he dicho que no quiero intercesores.

Sim. Bien está, señor. (1)

D. Dieg. Dile que suba.

ESCENA X.

Don Cárlos. Don Diego.

D. Dieg. Venga usted acá, señorito, venga usted... ¿En donde has estado desde que no nos vemos?

D. Cárl. En el meson de afuera.

D. Dieg. Y no has salido de alli en toda la noche. ¿Eh?

D. Cárl. Si señor, entré en la ciudad, y...

D. Dieg. ¿A que? Siéntese usted.

D. Cárl. Tenia precision de hablar con un sugeto... (2)

D. Dieg. ¡Precision!

D. Cárl. Si señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza, sin estar primero con él.

D. Dieg. Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Por que no le escribiste un papel?.. Mira aqui he de tener... Con este papel que le hubieras enviado, en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar ni molestar á nadie. (3)

D. Cárl. Pues si todo lo sabe usted, ¿para que me llama? ¿Por que no me permite seguir mi camino, y se evitaria una contestacion, de la cual ni usted ni yo quedaremos contentos?

D. Dieg. Quiere su tio de usted saber lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

D. Cárl. ¿Para que saber mas?

D. Dieg. Porque yo lo quiero y lo mando. ¡Oiga!

D. Cárl. Bien èstá.

D. Dieg. Siéntate ahí... (4) ¿En donde has conocido á esta niña?.. ¿Que amor es este? ¿Que circunstancias han ocurrido?. ¿Que obligaciones hay entre los dos? ¿Donde? ¿cuando la viste?

D. Cárl. Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara, sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme alli todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta: prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viage. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel dia del convento, para que se esparciese un poco... Yo no sé que vi en ella, que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El intendente dijo, entre otras cosas... burlándose, que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo, nombre que dió Calderon á algunos amantes de sus comedias. Yo sostuve esta ficcion; porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad; evitando que llegase á noticia de usted... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender á usted refiriéndole...

(1) *Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.*

(2) *Siéntase.*

(3) *Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Cárlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademan de irse.*

(4) *Siéntase don Cárlos.*

D. Dieg. Prosigue.

D. Cárl. Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre; pero de gente muy honrada... Fue necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía: y el, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas, las mas ingeniosas, para que ninguno de su familia extrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mias, y con las pocas respuestas que de ellas tuve, acabé de precipitarme en una pasion, que mientras viva me hará infeliz.

D. Dieg. Vaya... Vamos, sigue adelante.

D. Cárl. Mi asistente (que como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondian con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fui para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis gefes y hombre de honor. Nunca la dige mas, ni la hablé de mis parientes, ni de mis esperanzas, ni la di á entender que casándose conmigo podria aspirar á mejor fortuna: porque ni me convenia nombrarle á usted, ni quise exponerla, á que las miras de interes y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve alli, pero al fin era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la deje rendida á un desmayo mortal, y me fui, ciego de un amor, adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dijo, como su madre trataba de casarla; que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí: me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos... Monte á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalajara; no la encontré, vine aqui... Lo demas bien lo sabe usted, no hay para que decírselo.

D. Dieg. ¿Y que proyectos eran los tuyos en esta venida?

D. Cárl. Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor: pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus pies: referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

D. Dieg. Pues ya ves, Cárlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

D. Cárl. Si señor.

D. Dieg. Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento... Ella... Y sean las que fueren las promesas que á ti te hizo... Ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre, y darme la mano asi que...

D. Cárl. Pero no el corazon. (1)

D. Dieg. ¿Que dices?

D. Cárl. No, eso no... seria ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido; pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamas el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa...

(1) *Levántase.*

Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

D. Dieg. ¿Que temeridad es esta? (1)

D. Cárl. Ya se lo dige á usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva usted feliz, y no me aborrezca: que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aqui inmediatamente... Pero no se me niegue á lo menos, el consuelo de saber que usted me perdona.

D. Dieg. ¿Con que en efecto te vas?

D. Cárl. Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

D. Dieg. ¿Por que?

D. Cárl. Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... Entonces...

D. Dieg. ¿Que quieres decir? (2)

D. Cárl. Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

D. Dieg. ¡Cárlos!... ¡Que horror! ¿Y tienes corazon para decírmelo?

D. Cárl. Alguien viene. (3) Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

D. Dieg. ¿Adonde vas?... No señor, no has de irte.

D. Cárl. Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

D. Dieg. Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

D. Cárl. Pero si...

D. Dieg. Haz lo que te mando. (4)

ESCENA XI.

Doña Irene. Don Diego.

Doña Iren. ¿Con que, señor don Diego, es ya la de vámonos?... Buenos dias... (5) ¿Reza usted?

D. Dieg. Sí, para rezar estoy ahora... (6)

Doña Iren. Si usted quiere ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... ¿Pero que tiene usted, señor?... ¿Hay alguna novedad?

D. Dieg. Sí, no deja de haber novedades.

Doña Iren. ¡Pues que!... Dígalo usted por Dios... ¡Vaya, vaya!... No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa asi repentina, me remueve toda, y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido; de manera que...

D. Dieg. Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... ¿Que hacen esas muchachas?

Doña Iren. Estan recogiendo la ropa haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

D. Dieg. Muy bien. Siéntese usted... (7) no hay que asustarse ni alborotarse por nada de lo que yo diga: y cuenta no nos abandone el juicio, cuando mas le necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

Doña Iren. ¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Si señor que lo está, y basta

(1) *Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia don Cárlos, el cual se va retirando.*

(2) *Asiendo de un brazo á don Cárlos le hace venir mas adelante.*

(3) *Mirando con inquietud hácia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego y hace ademan de irse por la puerta del foro. Don Diego va detras de él quiere impedírselo.*

(4) *Entrase don Cárlos en el cuarto de don Diego.*

(5) *Apaga la luz que está sobre la mesa.*

(6) *Paseándose con inquietud.*

(7) *Siéntanse los dos.*

ba que yo lo digera, para que...

D. Dieg. ¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso!... Déjeme usted hablar.

Doña Iren. Bien, vamos, hable usted.

D. Dieg. Está enamorada, pero no está enamorada de mí.

Doña Iren. ¿Que dice usted?

D. Dieg. Lo que usted oye.

Doña Iren. ¿Pero quien le ha contado á usted esos disparates?

D. Dieg. Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado: y cuando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿que llanto es ese?

Doña Iren. ¡Pobre de mí! (1)

D. Dieg. ¿A que viene eso?

Doña Iren. Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, ¿parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí?

D. Dieg. ¡Señora doña Irene!...

Doña Iren. Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera: como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quien lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios! ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

D. Dieg. Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia...

Doña Iren. Que lo mismo era replicarle que se ponia hecho una furia del infierno: y un dia del Corpus, yo no sé por que friolera, hartó de mogicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Carmen que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

D. Dieg. ¿Pero es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirla?

Doña Iren. ¡Ay! no señor, que bien lo sé que no tengo pelo de tonta, no señor... Usted ya no quiere á la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligacion en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazon!

D. Dieg. Señora doña Irene, hágame usted el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, llore, gima, grite y diga cuanto quiera... Pero entre tanto no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

Doña Iren. Diga usted lo que le dé la gana.

D. Dieg. Que no volvámos otra vez á llorar, y á...

Doña Iren. No señor, ya no lloro. (2)

D. Dieg. Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasion tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor. En este supuesto...

Doña Iren. ¿Pero no conoce usted, señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

D. Dieg. Volvemos otra vez á lo mismo... No señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

Doña Iren. ¿Que ha de saber usted, señor, ni que traza tiene eso de verdad? ¡Con que la hija de mis entrañas, encerrada en un convento, ayunando los siete viernes, acompañada de aquellas santas religiosas!... ¡Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncision... Pues bonita es ella para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

D. Dieg. Aqui no se trata de ningun des-

(1) *Llora.*

(2) *Enjúgase las lágrimas con un pañuelo.*

liz, señora doña Irene; se trata de una inclinacion honesta; de la cual hasta ahora no habiamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es: que la madre Circuncision, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro y no conmigo... Hemos llegado tarde: usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para que es cansarnos? Lea usted ese papel (1), y verá si tengo razon...

Doña Iren. ¡Yo he de volverme loca!... ¿Francisquita?... ¡Vírgen del Tremedal!... ¿Rita? ¿Francisca?

D. Dieg. Pero ¿á que es llamarlas?

Doña Iren. Si señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quien es usted.

D. Dieg. Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una muger.

ESCENA XII.

Doña Francisca. Rita. Doña Irene. Don Diego.

Rit. ¿Señora?

Doña Franc. ¿Me llamaba usted?

Doña Iren. Sí, hija, sí: porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Que amores tienes, niña? ¿A quien has dado palabra de matrimonio? ¿Que enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quien ha escrito este papel?... ¿Que dice?... (2)

Rit. Su letra es. (3)

Doña Franc. ¡Que maldad!... ¿Señor don Diego, asi cumple usted su palabra?

D. Dieg. Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aqui... (4) No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Deme usted ese papel... (5) Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

Doña Franc. Mientras viva me acordaré.

D. Dieg. Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (6) *Bien mio: sino consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue á sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé como no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fue preciso obedecerle. Yo me llamo don Cárlos, no don Félix... Don Diego es mi tio. Viva usted dichosa, y olvide para siempre á su infeliz.= Cárlos de Urbina.*

Doña Iren. ¿Con que hay eso?

Doña Franc. ¡Triste de mí!

Doña Ir. ¿Con qué es verdad lo que decia el Señor, grandísima bribona? Te has de acordar de mí (7).

Doña Franc. Madre... Perdon.

Doña Ir. No señor, que la he de matar.

D. Dieg. ¿Que locura es esta?

Doña Iren. He de matarla.

(1) *Saca el papel de don Cárlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego y procura en vano contenerla.*

(2) *Presentando el papel abierto á doña Francisca.*

(3) *Aparte á doña Francisca.*

(4) *Asiendo de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.*

(5) *Quitándole el papel de las manos á doña Irene.*

(6) *Lee.*

(7) *Se encamina hácia doña Francisca, muy colérica y en ademan de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbárselo.*

ESCENA XIII.

Don Cárlos. Don Diego. Doña Irene. Doña Francisca. Rita.

Don Cárl. Eso no... (1) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

Doña Franc. ¡Cárlos!

D. Cárl. Disimule (2) usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban: y no me he sabido contener.

Doña Iren. Que es lo que me sucede, ¡Dios mio!.. ¿Quien es usted?... ¿Que acciones son estas?... ¿Que escándalo?...

D. Dieg. Aqui no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Cárlos... No importa... abraza á tu muger. (3)

Doña Iren. ¿Con qué su sobrino de usted?...

D. Dieg. Si señora, mi sobrino: que con sus palmadas, y su música y su papel, me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... ¿Que es esto, hijos mios? ¿que es esto?

Doña Franc. ¿Con que usted nos perdona y nos hace felices?

D. Dieg. Sí, prendas de mi alma...(4) Sí.

Doña Iren. ¡Y es posible que usted se determina á hacer un sacrificio!...

D. Dieg. Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Cárlos! ¡Paquita! ¡que dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque al fin soy hombre miserable y débil.

D. Cárl. Si nuestro amor (5), si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

Doña Iren. ¡Con que el bueno de don Cárlos! Vaya que...

D. Dieg. El y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece: estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

Doña Iren. En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted: que quiero abrazarle... (6) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierto que es un mozo galan... Morenillo; pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

Rit. Sí, dígaselo usted que no lo ha reparado la niña. Señorita, un millon de besos. (7)

Doña Franc. ¿Pero ves que alegría tan grande?... Y tú, ¡como me quieres tanto!... Siempre, siempre serás mi amiga.

D. Dieg. Paquita hermosa: (8) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (9) sereis la delicia de mi corazon, y

(1) *Sale don Cárlos del cuarto precipitadamente: coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva hácia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*

(2) *Acercándose á don Diego.*

(3) *Don Cárlos va donde está doña Francisca, se abrazan y ambos se arrodillan á los pies de don Diego.*

(4) *Los hace levantar con expresiones de ternura.*

(5) *Besándole las manos.*

(6) *Abrázanse don Cárlos y doña Irene. Doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*

(7) *Doña Francisca y Rita se besan manifestando mucho contento.*

(8) *Abraza á doña Francisca.*

(9) *Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Cárlos.*

el primer fruto de vuestro amor... Sí, hijos, aquel... No hay remedio, aquel es para mí... Y cuando le acaricie en mis brazos, podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente, si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

D. Cárl. ¡Bendita sea tanta bondad!

D. Dieg. Hijos, bendita sea la de Dios.

FIN.

VALENCIA:

IMPRENTA DE JOSÉ FERRER DE ORGA,

1820.